

# La Escalera

Lugar de lecturas

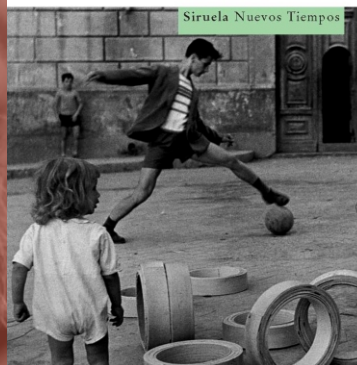


## Visitas al territorio de De Luca

El día antes  
de la felicidad

ERRI DE LUCA

Siruela Nuevos Tiempos



# Sinopsis

La recuperación de Nápoles a través de la formación de un joven huérfano que crece en la escuela de un maduro don Gaetano -huérfano a su vez-, testigo de los días de la rebelión de la ciudad al final de la ocupación alemana. La violencia de las emociones, la irrupción del cuerpo, el sobresalto de la sexualidad, los reflujos de la historia, los celos, el honor, la muerte, las sangre y, finalmente, el exilio: la emigración que durará el tiempo necesario para ser un hombre.

Título Original: *Il giorno prima della felicità*

Traductor: Gumpert Melgosa, Carlos

Autor: Erri De Luca

©2009, Siruela

Colección: Nuevos tiempos, 142

ISBN: 9788498412949

Generado con: QualityEbook v0.60

# **EL DÍA ANTES DE LA FELICIDAD**

**ERRI DE LUCA**

Traducción del italiano de Carlos Gumpert

## EL DÍA ANTES DE LA FELICIDAD

**D**ESCUBRÍ el escondrijo porque el balón había ido a parar allí. Detrás de la hornacina de la estatua, en el patio del edificio, había una trampilla tapada por dos tablones de madera. Me di cuenta de que se movían cuando puse el pie encima. Me entró miedo, recuperé la pelota y me escabullí hacia fuera entre las piernas de la estatua.

Solo un niño esmirriado y contorsionista como yo podía deslizar la cabeza y el cuerpo entre las piernas escasamente separadas del rey guerrero, tras haber rodeado la espada plantada justo delante de sus pies. La pelota había ido a parar allí detrás, tras un rebote con efecto entre la espada y la pierna.

La empujé hacia fuera, los demás reemprendieron el juego, mientras yo me retorcí para salir. En las trampas es fácil entrar, pero hay que sudar para salir. Me entraron además las prisas que da el miedo. Volví a mi sitio en la portería. Me dejaban jugar con ellos porque recuperaba la pelota allá donde fuera a parar. Un destino habitual era el balcón del primer piso, una casa abandonada. Según las voces que corrían, allí vivía un fantasma. Los antiguos edificios contenían trampillas tapiadas, pasajes secretos, crímenes y amores. Los viejos edificios eran nidos de fantasmas.

Así sucedieron las cosas la primera vez que subí al balcón. Desde el ventanuco de la planta baja del patio donde vivía, veía por las tardes el juego de los mayores. El balón mal lanzado botó hacia arriba y acabó en el balconcillo de aquel primer piso. Perdido, un superflex paravinil algo deshinchado por el uso. Mientras se peleaban por el lío montado, me asomé y les pregunté si me dejaban jugar con ellos. Sí, si compras otro balón. No, con ése, contesté. Intrigados, aceptaron. Me encaramé por una cañería del agua, descendente, que pasaba junto al balconcillo y proseguía hacia lo alto. Era pequeña y estaba sujeta a la pared del patio por unas abrazaderas herrumbrosas. Empecé a subir, la cañería estaba

cubierta de polvo, la sujeción era menos segura de lo que había supuesto. Pero ya me había comprometido. Miré hacia arriba: detrás de los cristales de una ventana del tercer piso estaba ella, la niña a la que yo intentaba mirar a hurtadillas. Estaba en su sitio, con la cabeza apoyada en las manos. Generalmente miraba el cielo, en aquel momento no, miraba hacia abajo.

Tenía que continuar y continué. Para un niño, cinco metros son un precipicio. Escalé la cañería de puntillas sobre las abrazaderas hasta la altura del balconcillo. Por debajo de mí, los comentarios habían enmudecido. Alargué la mano izquierda para llegar a la barandilla de hierro, me faltaba un palmo. Llegados a ese punto, debía fiarme de los pies y alargar el brazo que sujetaba la cañería. Decidí hacerlo de un salto y la alcancé con la izquierda. Ahora debía acercar la derecha. Apreté con fuerza el hierro del balcón y lancé la derecha para aferrado. Perdí el apoyo de los pies: las manos aguantaron unos instantes el cuerpo en el vacío, después enseguida una rodilla, después los dos pies y lo franquéé. ¿Cómo no había tenido miedo? Comprendí que mi miedo era tímido, para salir al descubierto necesitaba estar solo. Allí, por el contrario, estaban los ojos de los niños por debajo y los de ella por encima. Mi miedo se avergonzaba de salir. Se vengaría más tarde, por la noche en la cama a oscuras, con el susurro de los fantasmas en el vacío.

Tiré el balón abajo, reemprendieron el juego sin prestarme atención. La bajada era más fácil, podía alargar la mano hacia la cañería contando con dos buenos apoyos para los pies en el borde del balconcillo. Antes de estirarme hacia el tubo eché un rápido vistazo al tercer piso. Me había ofrecido para la empresa con el deseo de que se percatara de mí, minúsculo cepillito de patio. Estaba allí con los ojos de par en par, antes de que pudiera esbozar una sonrisa había desaparecido. Qué estúpido al mirar si ella estaba mirando. Había que creérselo sin comprobarlo, igual que se hace con el ángel de la guarda. Me enfadé conmigo mismo tirándome por la cañería que bajaba para retirarme de aquel escenario. Abajo me esperaba el premio, la admisión en el juego. Me pusieron en la portería y así se decidió mi posición, me convertiría en portero.

Desde aquel día me llamaron «'a scigna», el mono. Me tiraba entre sus pies para coger la pelota y salvar la portería. El portero es el último baluarte, debe ser el héroe de la trinchera. Recibía patadas en las manos, en la cara, no lloraba. Estaba orgulloso de jugar con los mayores que tenían nueve y hasta diez años.

Otras veces fue a parar el balón al balconcillo, adonde yo llegaba en menos de un minuto. Delante de la meta que defendía había un charco, a causa de una fuga de agua. Al principio del juego estaba límpida, podía ver reflejada allí a la niña en los cristales, mientras mi equipo atacaba. Nunca me tropezaba con ella, no sabía cómo era el resto del cuerpo, por debajo de la cara apoyada en las manos. En los días de sol, desde mi ventanuco conseguía remontarme hasta ella a través del rebote de los cristales. Me quedaba mirándola hasta que me lagrimaban los ojos a causa de la luz. Los cristales cerrados de la ventana del patio permitían que el reflejo con ella dentro se asomara hasta mi rincón de sombra. Cuántas vueltas daba su retrato para llegar hasta mi ventanuco. Hacía poco que a un piso del edificio había llegado un aparato de televisión. Oía decir que se veían personas y animales que se movían, pero sin colores. En cambio, yo podía mirar a la niña con todo el marrón de su pelo, el verde del vestido, el amarillo que ponía el sol.

Iba al colegio. Mi madre adoptiva me apuntaba, aunque nunca la viera. De mí se encargaba don Gaetano, el portero. Me traía un plato caliente por la noche. Por la mañana, antes del colegio, le devolvía el plato limpio y él me calentaba una taza de leche. En el cuartucho yo vivía solo. Don Gaetano no hablaba casi nada, se había criado como huérfano él también, pero en el orfanato, no como yo, que vivía libre en el edificio y salía por la ciudad.

Me gustaba el colegio. El maestro hablaba a los niños. Yo venía del cuartucho, donde nadie me hablaba, y allí había alguien a quien escuchar. Me aprendía todo lo que decía. Era algo hermosísimo un hombre que les explicaba a los niños los números, los años de la historia, los lugares de la geografía. Había un mapa coloreado del mundo, alguien que no había salido nunca de su ciudad podía

conocer África, que era verde, el Polo Sur, blanco, Australia, amarilla, y los océanos, azules. Los continentes y las islas eran de género femenino, los mares y los montes, masculinos.

En el colegio estaban los pobres y los demás. Los de la pobreza como yo recibían a las once un trozo de pan con mermelada de membrillo, que nos traía el bedel. Junto a él entraba un olor a horno con el que se te hacía la boca agua. A los demás, nada, ellos tenían una merienda que se traían de casa. Otra diferencia era que los de la pobreza llevaban en primavera la cabeza rapada a causa de los piojos, los demás conservaban el pelo.

Se escribía con plumilla y con la tinta que estaba en cada pupitre dentro de un agujero. Escribir era como pintar, se mojaba la plumilla, se dejaban caer las gotas hasta que solo quedaba una y con ésta podía escribirse casi media palabra. Después se mojaba otra vez. Nosotros los de la pobreza secábamos la hoja con el aliento cálido. Bajo el soplido, el azul de la tinta temblaba cambiando de color. Los demás secaban con el papel secante. Era más hermoso nuestro gesto, que levantaba viento sobre la hoja extendida. Los demás, en cambio, aplastaban las palabras bajo la cartulina blanca.

En el patio, los niños jugaban en medio del pasado remoto de los siglos. La ciudad, viejísima, estaba excavada, embutida de cuevas y de escondrijos. En las sobremesas de verano, cuando sus habitantes estaban de vacaciones o desaparecían detrás de las persianas, yo iba a un segundo patio donde estaba la boca de una cisterna tapada con tablones de madera. Me sentaba allí encima para oír los ruidos. Desde el fondo, quién sabe cuánto más abajo, venía un murmullo de aguas removidas. Había una vida encerrada allí abajo, un prisionero, un ogro, un pez. Entre los tablones subía el aire fresco y enjugaba el sudor. Tenía en la infancia la más especial de las libertades. Los niños son exploradores y quieren conocer los secretos.

Por eso volví detrás de la estatua para ver adonde llevaba la trampilla. Era agosto, el mes en el que los niños más crecen.

En la primera tarde me introduje entre los pies y la espada de la estatua, que era una copia del rey Rogelio el Normando, delante del palacio real. Los tabloncillos de madera estaban bien clavados, se movían pero no se levantaban. Me había traído la cuchara, con la que desconché las adherencias. Aparté las dos tablas, por debajo estaba la oscuridad, que descendía. Vino el miedo, aprovechando que no había nadie. No se oía ruido de agua, era una oscuridad seca. El miedo, al cabo de un rato, se cansa. También la oscuridad era menos compacta, veía un par de travesaños de una escalera de madera que bajaba.

Alargué un brazo para tocar el apoyo, lo noté robusto, polvoriento. Tapé otra vez el pasaje con los tabloncillos, por aquel día ya había descubierto lo suficiente.

Volví con una vela. Subía de la oscuridad un poco de fresco que me rozó las piernas desnudas de los pantalones cortos. Estaba bajando a una cueva. La ciudad tiene por debajo el vacío, ése es su apoyo. A nuestra masa de arriba corresponde igual cantidad de sombra. Es ésa la que sostiene el cuerpo de la ciudad.

Cuando toqué el suelo encendí la vela. Era el depósito de los contrabandistas de cigarrillos. Sabía que iban a recogerlos con las lanchas motoras al mar abierto. Había descubierto un almacén. Fue una desilusión, confiaba en un tesoro. Debía de haber otra entrada, esas cajas no podían pasar entre los muslos del rey. Efectivamente, había una escalera de piedra en el lado contrario a la de madera. El sótano era tranquilo, la toba elimina los ruidos. En un rincón había un catre, unos libros, una biblia. Había también un retrete de esos en los que hay que estar acucillado. Volví a subir triste, no había descubierto nada.

No se me ocurrió ni podía ocurrírseme el contárselo a la policía. Traicionar un secreto, revelar un escondite, son cosas que los niños no hacen. En una infancia, ser un acusica es una infamia. Ni siquiera fue una idea descartada, es que ni se me ocurrió. Aquel agosto bajé a menudo al sótano, me gustaban el fresco y el silencio descansado de la toba. Empecé a leer aquellos libros, sentado en la escalerilla, donde entraba la luz. La biblia no, Dios me causaba



impresión. Así cogí el vicio de leer. El primero se llamaba *Los tres mosqueteros*, pero eran cuatro. En lo alto de la escalerilla, con los pies colgando, mi cabeza aprendía a sacar luz de los libros. Cuando los acabé, quería más.

Bajando por el callejón en el que vivía, había tiendecitas de libreros que vendían a los estudiantes. Fuera tenían los libros usados de oferta en cajas de madera, sobre la acera. Empecé a ir por allí, a coger un libro y a ponerme a leer sentado en el suelo. Uno me echó, fui a otro y éste dejó que me quedara. Un buen hombre, don Raimondo, alguien que entendía las cosas sin explicaciones. Me dio un taburete para que no leyera en el suelo. Después me dijo que me prestaba el libro si se lo devolvía sin estropeárselo. Le contesté que gracias, que se lo devolvería al día siguiente. Me pasé toda la noche acabándolo. Don Raimondo vio que era persona de palabra y me dejaba llevarme a casa un libro al día.

Elegía los más finos. Cogí el vicio en verano, ante la falta del maestro que nos enseñaba cosas nuevas. No eran libros para niños, muchas palabras en el medio no las entendía, pero el final, sí, el final lo entendía. Era una invitación a salir.

Diez años después, supe por don Gaetano que en ese sótano se había escondido un judío en el verano del 43. Estaba en mi último año de colegio y don Gaetano había empezado a tratarme con familiaridad. Por la tarde me enseñaba a jugar a la *scopa*, la escoba italiana, echando la cuenta de las cartas descabaladas para saber las combinaciones que quedaban en el mazo. Ganaba él. No golpeaba con las cartas en la mesa, jugaba rápido, demorado por mí, que actualizaba mentalmente la cuenta de las cartas ya aparecidas. Para corresponder a su nueva confianza, me decidí a contarle algo.

—Don Gaetano, un verano de hace diez años bajaba allí, al sótano donde están las cajas.

—Ya lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Sé todo lo que ocurre aquí. El polvo, *guaglio'* chaval, en la escalerilla de madera había polvo y huellas de manos y de suelas.

Solo tú podías entrar por ahí, entre los muslos de Rogelio. Te llamaban *'a scigna*.

—¿Y no me dijo nada?

—Tú no dijiste nada. Te vigilaba, bajabas, no tocabas las cajas y no le dijiste nada a nadie.

—A nadie tenía.

—¿Qué ibas a hacer allí?

—Me gustaba la oscuridad y había libros. Allí abajo pillé el vicio de leer.

—Un mono con libros: trepabas tan deprisa como un ratón por la cañería, te tirabas entre los pies para coger el balón, tenías un coraje natural, sin pensártelo.

—Nadie me decía que hiciera una cosa u otra. Aprendí en el colegio lo que estaba permitido. Voy de buena gana y le agradezco a mi madre adoptiva que me haya permitido estudiar. Éste es el último año, después se termina la beca que me consiguió.

—Estudias con provecho, eres de primera.

Éste era su cumplido supremo, de primera, un título nobiliario para él.

—A la escoba, en cambio, eres un desastre.

—Perdone, don Gaetano, ¿para qué servía la escalerilla apoyada que daba detrás de la estatua? Por ahí no podía pasar nadie.

—Sí que se podía, durante la guerra le serré un muslo a Rogelio, en caso de urgencia, podía quitarse. Durante la guerra hicieron falta escondrijos, para algo de contrabando, para las armas, para quien tuviera que ocultarse. Se desató la caza al judío, no pagaban mal. En la ciudad no había muchos.

Don Gaetano se percataba de mi curiosidad por esas historias acaecidas en los tiempos de mi nacimiento. Justificaba a los habitantes, la guerra sacaba a relucir lo peor de las personas, pero a uno que vendía a un judío a la policía, que se volvía un soplón, a ése no lo salvaba. «*E 'na carogna*. Una carroña.»

—Los judíos: ¿es que estaban hechos de un material distinto? ¿Que no creen en Jesús?, pues yo tampoco. Es gente como nosotros, nacida y criada aquí, que hablan en dialecto. Con los

alemanes, en cambio, nada teníamos que ver. Lo que querían era mandar, al final ponían a la gente contra el paredón, y fusilaban, desvalijaban las tiendas. Pero cuando llegó el momento, la ciudad se les echó encima, corrían como nosotros, perdieron toda su chulería. Pero ¿qué es lo que les habían hecho esos judíos a los alemanes? No se llegó a saber. La gente nuestra, es que ni idea de que existían los judíos, un pueblo de la antigüedad. Pero cuando se trató de ganarse algo, entonces todo el mundo sabía quiénes eran judíos. Si llegan a ofrecer una recompensa por los fenicios, ya habrías visto cómo aquí los encontraban, aunque fueran de segunda mano. Porque había carroñas que hacían de soplones.

Nuestras partidas de cartas se veían interrumpidas por las personas que pasaban por delante de la portería, preguntaban algo, dejaban, recogían. A don Gaetano no se le escapaba nada. Era un edificio viejo con varias escaleras, él estaba al corriente de las cosas de todo el mundo. Algunos venían a pedir consejo. Entonces, don Gaetano me decía que vigilara la portería, y se retiraban. A su regreso, retomaba las cartas y la conversación en el punto exacto.

—Estuvo allá abajo hasta la llegada de los americanos y hasta el último día creyó que acabaría por venderlo a los alemanes. Su portero lo había hecho, él había conseguido escapar por el tejado poniéndose apenas un par de pantalones y la camisa, sin zapatos. Tenía a mano un paquete con libros y se los llevó consigo. Los judíos están entrenados para huir, como nosotros, que tenemos el terremoto debajo de los pies y el volcán siempre listo. Nosotros, sin embargo, no huimos de casa con libros.

—Yo sí, don Gaetano, yo me llevo los libros del colegio si tengo que huir por el terremoto.

—Llegó a mí de noche bajo un bombardeo aéreo. Tenía el portal abierto y él se coló dentro. Dando un tirón, se había arrancado del pecho la estrella amarilla que tenía que llevar cosida, le colgaban unos hilos de la pechera. Lo llevé abajo, estuvo allí un mes, el peor de la guerra. Cuando llegó el momento de la insurrección, le llevé un par de zapatos que le quité a un soldado alemán. Con ésos salió al encuentro de la ciudad liberada. Me preguntó por qué no le había vendido.

—¿Y qué le contestó?

—¿Y qué podía contestarle? Se había pasado un mes allá abajo contando los minutos, pensando si se salvaba o no. Cada gracias que me daba estaba envenenada por la sospecha. La guerra estaba a punto de acabar, los americanos habían llegado a Capri. Era más enfadosa la idea de ser detenido a tan pocos días de la libertad. Corría un septiembre que era un auténtico horno. Los alemanes ponían bombas a lo largo de la costa contra un desembarco de los americanos, hacían estallar trozos de la ciudad y, mientras tanto, continuaban los bombardeos desde el cielo. El mar, de repente, se llenó con centenares de barcos americanos. Se acumulaba el fuego por todas partes. Para nosotros se trataba de arrebatarnos la libertad, para él se trataba de la vida. Y la suya pendía de uno que podía traicionarlo, o que podía ser arrestado, asesinado y no volver a llevarle nada de comer. Cuando me oía bajar por las escaleras no sabía si era yo o el final.

—¿Qué le contestó, por qué no lo vendió?

—Porque yo no vendo carne humana. Porque en guerra la gente saca a relucir lo peor y también lo mejor. Porque llegó descalzo, quién sabe el porqué. No me acuerdo de lo que le contesté, hasta puede ser que no le contestara nada. En aquel momento, la historia había terminado y no importaban los porqués. Escuchaba sus pensamientos y contestaba, pero él no podía escuchar los míos. Con los pensamientos de los demás no se puede hablar, son sordos.

—Entonces, don Gaetano, ¿es verdad eso que cuentan de usted, que escucha los pensamientos en las cabezas de las personas?

—Es verdad y no es verdad, ciertas veces sí y ciertas veces no. Es mejor así, porque hay que ver la de pensamientos horribles que tiene la gente.

—Si yo pienso una cosa, ¿usted la adivina?

—No, chaval, a mí me llegan los pensamientos que se les pasan volando a las personas, esos que uno ni siquiera sabe que ha pensado. Si te pones a estudiar una cosa tuya, eso se queda contigo. Pero los pensamientos son como los estornudos, te salen fuera de repente y yo los oigo.

Por eso sabía las cosas de todo el mundo, por eso tenía una tristeza dispuesta para lo peor y una media sonrisa para desprenderse de ella. A los lados de los ojos se le abrían las arrugas y por allí se le escurría la melancolía.

—¿El judío pensaba mucho?

—Pensaba, desde luego. Cuando leía, no, pero el resto del tiempo, sí, en la tierra santa, en un barco para irse hasta allí. Europa está perdida para nosotros, aquí no hay vida. Ponía el ejemplo de un cinturón. Nosotros, pensaba, somos un cinturón alrededor de la cintura del mundo. Con el libro sagrado, somos la tira de cuero que le sujeta los pantalones desde que Adán se dio cuenta de que estaba desnudo. El mundo ha sentido muchas veces ganas de quitarse el cinturón y arrojarlo lejos. Nota que le aprieta.

»Recuerdo perfectamente ese pensamiento, se le ocurría a menudo. Cuando salió al aire libre no se sostenía en pie. Se fue a su casa, pero se la habían ocupado. Una familia se había instalado allí, hasta le habían cambiado la cerradura. Fui yo a hablar con ellos y acabaron por irse, pero antes le vaciaron la casa, hasta los cables eléctricos le arrancaron de las paredes.

—¿Cómo les convenció?

—Teníamos armas, habíamos luchado contra los alemanes. Fui de noche, disparé contra la cerradura, entré y les dije que iba a volver a mediodía y que quería encontrar la casa vacía. Así fue. Volvió a su casa; después, al cabo de pocos meses, la vendió y se marchó al extranjero, a Israel. Pasó por la portería para despedirse. La ciudad estaba aún desfondada de escombros. «Me llevo conmigo una piedra de Nápoles. La pondré en los muros de la casa que tenga en Israel. Allí construiremos con las piedras que nos han arrojado.»

Yo escuchaba, jugaba a la escoba, perdía. Por la noche me apuntaba las noticias de don Gaetano. Era escuela la ciudad también. Me daba pena cuando en verano se acababan las clases. Los estudiantes estaban contentos, yo no. Me consolaba con los libros de don Raimondo, papel amarillento que recuperaba cuando alguien quería desembarazarse de los libros.

—Una persona emplea toda su vida en llenar las estanterías y un hijo no ve la hora de vaciarlas y de tirarlo todo. ¿Qué será lo que meten en las estanterías vacías, queso curado? Basta con que me los quite de aquí, me dicen. Y allí está la vida de una persona, sus caprichos, los gastos, las renunciaciones, la satisfacción de ver crecer su propia cultura en centímetros, como una planta.

—Don Raimondo, quedo en deuda con usted, que me deja leer sin pagar.

—No es nada, tú me los devuelves sin polvo. Cuando seas hombre, vendrás aquí a comprarlos.

La ciudad, en verano, se aligeraba; de noche salía por los callejones a respirar. Jugaba con don Gaetano a la escoba en el patio, sin ganar una sola partida.

«T'aggia 'ñipara' e t'aggia perdere.» Ésa era la máxima al final del juego, cuando te haya enseñado, tendré que abandonarte. Era un hecho, así debía suceder. También con la ciudad debía ocurrir lo mismo, debía enseñarme y dejarme marchar después. Al final de las partidas volvía al cuartucho a sujetar las cosas aprendidas. Era curioso el pensamiento del judío sobre el cinturón. Comprobé el mío, no me apretaba, pero en todo caso lo aflojé un agujero. Aunque el mundo sintiera que le apretaba, no podía quitárselo. Hacia atrás, a antes de aquel libro sagrado, no podía regresar. Había leído que el mundo estaba celoso de los judíos porque habían sido elegidos. En aquella guerra habían sido elegidos como diana. El hombre encerrado debajo de la ciudad mandaba una noticia incluso desde allí. ¿Por qué cuando salió del escondrijo no se llevó los libros, ni siquiera la biblia?

—Le hice notar que se estaba dejando el paquete. Me contestó que podían servirle a otro. ¿La biblia también? Entonces me dijo un versículo que estaba escrito dentro: Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré allí. Quería decir que el escondrijo había sido para él el lugar de un segundo nacimiento. Debía salir sin equipaje.

—Don Gaetano, ¿ocultó usted a un santo?

—No era un santo, yo le oía discutir con el padre eterno, decirle que su fe era una condena. Estamos marcados por la circuncisión,

llevamos escrita en el cuerpo la denuncia. El nuestro nos ha quitado el aliento y nos ha dejado el fango.

»Así llamaba al padre eterno, el nuestro. No era un santo, sino uno que se peleaba con ese nuestro suyo.

—Entonces el santo es usted, que arriesgó la vida para ocultar a un desconocido.

—Veo que quieres encontrar un santo a toda costa. No existen, ni tampoco los diablos. Lo que hay son personas que hacen algunos gestos buenos y bastantes otros malos. Para hacer uno bueno cualquier momento es adecuado, pero para hacer uno malo hacen falta ocasiones, comodidades. La guerra es la mejor ocasión para hacer porquerías. Concede el permiso. Para un buen gesto, en cambio, no hacen falta permisos.

Llegaba al patio un vendedor ambulante, don Gaetano se asomaba, se dejaba ver, saludaba. Venía a menudo 'o *sapunaru*, el ropavejero, con su carretilla arrastrada por él mismo. Un hombre más largo que alto, cuando llegaba no se contentaba hasta que no se asomaban personas de todos los pisos. Tenía una voz de las que hacen resucitar. Don Gaetano le había apodado «el día del juicio». Le acercaba una botella de agua y él, entre un grito y otro, la vaciaba.

—¿Don Gaeta', se acuerda, subidos a las barricadas de via Foria?

Era su tarjeta de visita. Había volcado un tranvía, él solo con dos mujeres en medio de la avenida para detener los tanques alemanes.

—*Nuie simmo robba bona*. Somos gente de primera.

Don Gaetano comprendía la economía viendo los carros de los ropavejeros, lo que la gente tiraba.

—Nos estamos volviendo unos señores, una vieja bañera han tirado, nada menos, hasta tiran los colchones de lana, los habrán comprado con muelles. Tiran las máquinas de coser a pedales. Creen en la corriente eléctrica como en la vida eterna, ¿y si se acaba?

Fue un verano enojado, casi hasta hacía frío. En julio se blanqueó la cima del volcán. La gente se jugaba a la primitiva los números que eso les sugería y éstos salían puntuales. Hubo ganancias importantes. El año anterior, un zapatero había acertado cuatro números. Yo le preguntaba a don Gaetano si le llegaban pensamientos con números. Me hacía un gesto con la mano, como para espantar una mosca. Pero ¿existía un arte? ¿Se podía aprender a oír los pensamientos de la gente?

—Para empezar, no las llames gente, son personas, una por una. Si las llamas gente no haces caso a las personas. No se pueden oír los pensamientos de la gente, sino los de una persona a la vez.

Era cierto, hasta esa edad no prestaba atención a las personas, eran todas la gente. Desde la portería, aquel verano, aprendí a reconocer a los habitantes. De niño, me interesaba únicamente la del tercer piso detrás de los cristales, ni siquiera sabía qué aspecto tenían sus padres. Un día desapareció y después ya no me importó conocer a los habitantes del edificio.

—Entonces, ¿no se puede aprender a hacer lo que hace usted, don Gaetano? ¿No existe un arte?

—Aunque lo hubiera, no te lo diría. No es una cosa bonita el saber lo que se les pasa por la cabeza a las personas. Van y vienen tantas malas intenciones de las que después no se hace nada. Si digo lo que piensan los unos de los otros, estalla la guerra civil.

—Entonces, ¿usted oye y no interviene?

—Alguna vez me meto en medio. Ya habrás oído hablar de los premios que están mandando a la quiebra el banco de la primitiva con los números que la nieve sugiere: un inquilino de uno de los bajos en lo alto del callejón sacó un buen pellizco y no le dijo nada a su mujer. Le llamé y le dije: eso no está bien. ¿De qué me hablas?, dice él. A casa no se llevan solo las deudas, también las buenas noticias.

—¿Y qué hizo?

—Fue a comprar un cabrito, el vino y se presentó con el premio.

—Pero ¿algo que le pudiera servir a usted, un pensamiento oído del que pudiera sacar ventaja?



Don Gaetano me miró con gesto oscuro.

—Tú, si te encuentras una cartera, ¿se la devolverías a su dueño?

—No me ha ocurrido, no lo sé. Contestando sin experiencia, diría que sí. Pero solo puedo saberlo si me ocurre. No sé de antemano cómo me comporto.

—Eres honrado. Cuando me encuentro el pensamiento de otro que podría serme útil, no me lo meto en el bolsillo. Lo dejo allí. No puedo devolvérselo, decirle: oye, que se te ha caído un pensamiento, pero hago como si no lo hubiera oído.

—Me gustaría conocer los pensamientos de los demás.

—Pero si no sabes ni siquiera las tres cartas que quedan en la última mano de la escoba. Aprende antes a jugar.

Don Gaetano era de los que tampoco tenían familia. Criado en un orfanato, y después en el seminario, debía convertirse en cura. Pero se dice que se enamoró de una de la calle y colgó los hábitos. Estuvo lejos durante veinte años, en Argentina. Volvió en el año 40, a tiempo para la guerra. Eso es lo que sabía de él, antes del verano de nuestras confidencias.

—A ti te interesaba esa niña del tercer piso. Siempre estabas mirando hacia allá.

—Intentaba llamar su atención, como hacen los niños. Pero desapareció de repente. ¿Sabe adonde se fue con su familia?

—Sé dónde está ahora. Volvió a Nápoles y se ha juntado con un joven, un camorrista que está encerrado. No era para ti.

El regreso de aquella edad solitaria, la idea de mí mismo niño buscando su cara detrás de los cristales, subiendo las escaleras detrás de la esperanza de tropezarme con ella: me pasé los dedos por encima de la nariz para atrapar dos lágrimas ladronas que estaban huyendo. Ciertos apegos se hincan en una infancia y ya no vuelven a desprenderse nunca. Por la noche escribí la frase de don Gaetano: aprende antes a jugar. ¿Antes de qué? Si aprendía a jugar a la escoba, ¿podría oír después los pensamientos? No podía preguntar, debía bastar la frase.

Cuando le tocó a don Gaetano ser niño, nadie contaba historias en el orfanato, de modo que se encargaba él. Se inventaba vidas de animales, de reyes, de vagabundos, alrededor de la menguada estufa del dormitorio común. Los niños se calentaban y se saciaban a través de los oídos. Relataba en dialecto.

—El napolitano está hecho aposta, dices una cosa y te creen. En italiano queda la duda: ¿lo habré entendido bien? El italiano está bien para escribir, donde la voz no hace falta, pero para contar un hecho hace falta nuestra lengua, que pega bien la historia y permite que se vea. El napolitano es novelesco, hace que se abran los oídos y los ojos también. A los niños les contaba la vida de fuera. No venía a vernos nadie, ni siquiera los domingos. Un niño que crece sin caricia alguna endurece la piel, no siente nada, ni siquiera las zurras. Le quedan los oídos para aprender el mundo. Entre nosotros había muchos chillidos, pero nadie lloraba. Fuera, los niños lloraban, en el orfanato nadie sabía cómo se hacía. Ni siquiera cuando moría uno de nosotros, era lo normal. Aparecía la fiebre, ardía y se apagaba después. Quedaban las ganas de reír, de jugar. Cuando hacía frío, nos amontonábamos, hacíamos 'o *muntone*. Nos abrazábamos todos juntos formando un cuerpo solo. Nos turnábamos, quien estaba en el exterior pasaba al interior. Inventábamos el calor y nos echábamos unas risas. Bastaba con que uno gritara: 'o *muntone*, y de inmediato se montaba una aglomeración, todos encima de todos.

»Los ventanales del orfanato daban al patio, los exteriores estaban emparedados, alguno de nosotros se había tirado por allí para huir. Solo yo era capaz de saltar la verja de noche. Era ligero como tú, me iba por la ciudad, mezclado con la multitud que se mueve de noche. Me iba al puerto, me gustaban los barcos. Hacia los trece años hice amistad con una prostituta de mi edad. Le hacía algún favor, la avisaba si había movimiento de policía. Cuando acababa, y yo debía regresar, me pagaba una taza de leche y un bollo. Éramos parecidos, un hermano y una hermana que se encontraban. Después conoció a uno que se casaba con ella y se marchó al norte. Es hermosa de noche la ciudad. Hay peligros, pero también libertad. Deambulan por ella los que no tienen sueño, los

artistas, los asesinos, los jugadores, están abiertas las tabernas, las freidurías, los cafés. Nos saludamos, nos conocemos, los que van tirando de noche. Las personas se perdonan los vicios. La luz del día acusa, la oscuridad de la noche otorga la absolución. Salen los transformados, hombres vestidos de mujeres, porque así se lo dice la naturaleza y nadie los molesta. Nadie pide cuentas de noche. Salen los tullidos, los ciegos, los cojos, que de día son rechazados. Es un bolsillo del revés la noche en la ciudad. Salen hasta los perros, los que carecen de casa. Aguardan la noche para buscar los restos, cuántos perros consiguen salir adelante sin nadie. De noche, la ciudad es un país civilizado.

»Tenía plata viva en las piernas, corría por todas partes, me saciaba. Se dice que son las patas y no los dientes lo que le da de comer al lobo. De día la plata viva la ponía a contar historias a los niños. Nadie tenía un nombre allí dentro, nos los inventábamos. Uno era *Muorzo*, mordisco, porque le faltaban dientes, a un cojo lo llamábamos 'o *treno 'e Foggia*, el tren de Foggia, porque llegaba siempre tarde, había otro que era *Suonno*, sueño, porque se dormía de pie, otro era *Siseo*, silbo, porque soltaba silbidos de vendedor ambulante, yo era 'o *nonno*, el abuelo, el más anciano. Muchos no habían visto aún el mar, yo se lo contaba: era un columpio de agua, los barcos jugaban encima de él, pasando de una ola a otra. Las olas se las enseñé con una sábana.

»Para nosotros, los de allí dentro, la manera de estudiar era el seminario. Así fue como entré en el internado. También de allí me escapaba de noche.

En las tardes de verano la gente paseaba por las calles para buscar un poco de resuello cerca del puerto. No era la ciudad nocturna que conoció don Gaetano, ésa empezaba más tarde, cuando se acababan los paseos. Nosotros dos, mientras tomábamos el fresco en el patio, después de la partida de escoba, a ratos permanecíamos en silencio, a ratos hablaba él. Como contraste, volvía a pensar en el violento verano del 43. En el vacío, debía bajar la voz para que no retumbara en el patio.

—Antes de verlo allí fuera descalzo y con los libros debajo del brazo no se me había ocurrido esconder a nadie. Allí abajo guardaba algo de contrabando y desde hacía poco las armas que le cogíamos a la policía. Pero en cuanto lo vi en el portal lo metí dentro. Iba a verlo durante los bombardeos aéreos, cuando el edificio se vaciaba para correr a los refugios. Yo me quedaba de guardia, bajo las bombas deambulaban los tunantes para robar en las casas. No les daba miedo nada, y vaya si tiraban bombas encima de la ciudad. Iba a visitarlo durante la alarma, para que pudiera pronunciar dos palabras. Allá abajo la guerra causaba un ruido tranquilo, las bombas eran los golpes de uno que llama a un portal, la toba absorbía el estruendo y encajaba los choques sin vibraciones. Las bombas desfondaban pero no hacían temblar los muros. La toba es un material antiaéreo.

—¿Qué se decían allí abajo?

—Jugábamos a la escoba. Se lo enseñé yo, aprendía deprisa. No quería perder. Era distinto a ti, que te da igual. Me gustaba su pundonor. Uno que lo había perdido todo, que tenía su vida colgando del hilo de un extraño, se afanaba por no perder a la escoba. Era uno que se lo tomaba todo en serio.

»“Es usted un napolitano demasiado serio”, le decía yo. El, por el contrario, contestaba: “Nada de eso. Aquí abajo me echo un montón de carcajadas. Fuera está la guerra, la matanza de mis personas, el derrumbe de una ciudad en la que nací y yo estoy aquí abajo como refugiado en un portal esperando a que pase la tormenta. Y está usted también que viene a distraerme. Leo el libro sagrado, a los profetas nuestros y me echo a reír. Aquí abajo, año de gracia de 1943 para ustedes y año 5704 para nosotros, es una lectura cómica. Don Gaetano, yo no soy serio, soy trágico, un desecho del género cómico. Déjeme que me tome en serio por lo menos el juego de la escoba, que es un arte religioso a medias. De verdad, religioso: la carta más importante es el 7, que es el número de nuestra novedad de judíos. Fueron los judíos quienes inventaron la semana. Antes, los calendarios funcionaban con lunas y con soles. Más tarde, nuestra divinidad nos dio a entender que los días eran seis más uno. Los que santificaron el número 7 antes que la

escoba fuimos nosotros. La baraja contiene 40 cartas, como los años pasados en el desierto, entre la huida de Egipto y la entrada en la tierra prometida. Y además está la suma desapareja, una variante de coger la carta con otra carta igual. Se puede coger la suma de varias cartas. Ésa es una invención que no existe en la naturaleza. La naturaleza funciona por parejas, la escoba a base de desaparecer. El que reparte las cartas tiene interés en conservarlo todo emparejado, el adversario, no. Es una lucha entre el orden y el caos. Déjeme que me tome en serio el juego de la escoba”.

—Cuando me hablaba así, me hacía enmudecer y me entraban escalofríos.

—Me entran a mí también al oír cómo puede usted acordarse de sus palabras. Yo tengo que escribírmelas el mismo día para no perderlas, usted las conserva en su cabeza casi veinte años después.

—Es cuestión de juego, si recuerdas las cartas desaparejas, haces lo mismo con los pensamientos. Subía de esas visitas aturdido. Fuera era septiembre del 43 y allá abajo era un mes del calendario judío del 5704. Allá abajo había un hombre que provenía de un tiempo antiguo, coetáneo de Moisés y de los faraones, y le tocaba ser coetáneo de los nazis. Menos mal que no le oí reír allí debajo. «Don Gaetano, avíseme cuando vea las estrellas en pleno día.» Fuera, los jóvenes cogían las armas de los cuarteles y las escondían. Un grupo con uno vestido de carabinero había vaciado la armería del fuerte de Sant’Elmo. Entretanto, los alemanes desvalijaban las iglesias, hacían saltar el puente de San Rocco en Capodimonte, el de la Sanità lo salvamos desconectando las cargas explosivas, lo mismo hicimos con el acueducto. Querían dejar hecha trizas la ciudad. La revuelta fue una salvación.

»Junto a lo bueno, crecía lo peor. Una excelente persona que empezaba a prestar a usura, una chica de buena familia que se metía a puta para los alemanes. Uno que tenía el título de echao p’alante era el primero en correr al refugio. Los alemanes y los fascistas estaban más envilecidos porque la guerra se les estaba poniendo mal. El desembarco de Salerno había salido bien. Hacían estallar las fábricas, saqueaban los almacenes para dejar el vacío.

La ciudad, en los últimos días de septiembre, daba miedo a causa del hambre y el sueño en las caras de las personas. Quien tenía algo, se lo comía a escondidas. Los alemanes montaron un paripé: forzaron una tienda, después invitaron a la gente a saquearla. Una vez que la multitud se había lanzado a coger cosas, dispararon al aire y filmaron la escena dentro de una película. Les servía para su propaganda: el soldado alemán interviene para impedir el saqueo. Son cosas que ocurrieron, chaval, precisamente en uno de estos hermosos días de septiembre.

Sentados en dos sillas en el patio, mirábamos hacia lo alto, donde acababa la ciudad y empezaba quién sabe qué, el universo tal vez. Estaba cerca, una plaza marcada por un contorno de barandillas. Don Gaetano miraba con las manos entrelazadas y respiraba hondo. Doblaba yo también el cuello hacia atrás: el campo más allá de los balcones se movía en círculo, lentísimo, y, sin embargo, hacía que te diera vueltas la cabeza.

Los ojos, que a ras de suelo no iban más allá de un radio de horizonte, eran capaces de ver los planetas. A la fuerza tenía que subírsele a uno el cielo a la cabeza, daba a entender que se podía ir.

—Bombardeaban todas las noches, la ciudad corría siempre, ni siquiera gritaba, corría y conservaba el resuello. Los estallidos de las bombas alemanas se confundían con los bombardeos americanos, las sirenas de alarma llegaban después de que la antiaérea se hubiera puesto a disparar.

Después se le venía a la cabeza algún hecho curioso y le salía una sonrisa.

—Un muchacho iba cogido del brazo de una chica cuando sonó la sirena. No podía huir él solo, pero ella no podía correr, con los tacones, y la escena era él que tiraba de ella y ella detrás que chillaba dando bandazos: déjame, venga, déjame, pero él nada, tenía que arrastrarla a la fuerza. Las chicas eran más valientes. Más tarde, los muchachos se redimieron con los días de finales de septiembre. A los hombres les hacen falta momentos especiales donde demostrar su valor. Las mujeres son más valerosas en la normalidad, si es que la del 43 puede llamarse normalidad.

»Las personas salían de los refugios después del ataque aéreo y ya no encontraban sus casas. Las caras de quienes de una hora a otra se habían quedado sin nada: un viejo se había sentado sobre los escombros de su edificio y miraba al cielo. Me acerqué y me dijo: “Estoy mirando al cielo para ver dónde me puedo instalar. Porque aquí en la tierra ya no me queda nada”. Las personas buscaban entre las casas derruidas algo que salvar. Rebuscaban, pasando de una habitación a otra a través de la puerta, por más que los muros ya no existieran, iban a la cocina para ver si habían cerrado el gas, después levantaban la cabeza y veían el cielo por techo. El arrogante cielo de septiembre del 43: un mantel recamado en sus bordes, fresco y limpio sin la menor mota de polvo, sin una mancha. Turquesa fijo: bájate un rato aquí a la tierra, cielito, hagamos un cambio, llévate arriba la porquería y extiende aquí sobre la tierra ese mantel tuyo. El cielo más exasperante, más lejano, no como ahora, que empieza en la terraza. En cuanto llegó la lluvia comenzó la revuelta. Parece que la ciudad esperaba una señal, que se cerrara el cielo. Y los americanos dejaron de bombardear.

»El judío me preguntaba qué tiempo hacía. Yo contestaba que el tiempo no hacía nada, no pasaba y no dejaba caer una gota sobre el polvo. Escaseaba el agua, las mujeres iban a cogerla con cubos a la playa para lavarse un vestido por lo menos. Al judío tampoco le gustaba el tiempo fijo en sereno estable. Me preguntaba si se veía de día alguna estrella, aguardaba una señal.

»“A la gente le gustan los días de sol, a mí me dan miedo. Las peores cosas son las que se hacen bajo un cielo sereno. Cuando no hace bueno, uno prefiere aplazar una mala acción. Con el sol, puede suceder de todo. Si llego al otoño, quiero ponerme a bailar bajo un chaparrón.”

»“Para el otoño, la guerra habrá pasado, los americanos están en Salerno.” No le decía que ya estaban a la vista, podía cometer la locura de salir. Le oía los pensamientos: “Tan cerca de la libertad y no poder ver nada, encerrado aquí abajo con la duda de que esto no sea la salvación, sino una trampa. Se abre la puerta y bajan a pillarme”. Ni siquiera en sus pensamientos quería imaginarse que yo

pudiera traicionarlo. Si no yo, uno del edificio que se lo hubiera imaginado. Preguntaba si alguien estaba al corriente del escondrijo. Mis intentos de tranquilizarlo no podían bastarle.

»“No son buenos tiempos para fiarse y no le digo que se fíe de mí. Le digo que no se deje llevar por las malas ideas, no salga para ir a buscar un lugar seguro, no lo hay. Si sale de aquí, le fusilarán allá donde le encuentren. El comandante Scholl ha hecho proclamar un bando, los hombres de entre dieciocho y treinta y tres años deben entregarse en los cuarteles o serán fusilados. De los treinta mil que se esperaban se presentaron ciento veinte.”

»¿Has entendido qué clase de guerra era, chaval? Moría más gente desarmada que soldados. Por la calle empezaba a oír los pensamientos: pero ¿por qué siguen dentro de la ciudad y no se van a luchar? ¿Por qué tantos abusos sobre la pobre gente en vez de irse al frente? Empezaban los pensamientos de una sola cabeza. Las personas, cuando se vuelven pueblo, causan impresión. Así llega una mañana, un domingo de finales de septiembre, por fin llueve y oigo a todos la misma palabra, escupida por el mismo pensamiento: *mo' basta*, ahora basta. Era un viento, no venía del mar, sino de dentro de la ciudad: *mo' basta, mo' basta*. Si me tapaba los oídos, lo oía con más fuerza. La ciudad sacaba la cabeza fuera del saco: *Mo' basta, mo' basta*, un tambor llamaba y los chavales salían con las armas. El centro de la revuelta se había establecido en el instituto Sannazzaro, los estudiantes habían sido los primeros. Después salían los hombres ocultos bajo la ciudad. Subían desde debajo del suelo como una resurrección. *Dalle 'ncuollo*, a por ellos, las calles estaban bloqueadas por las barricadas. En el Vomero cortaban los plátanos y los ponían en medio para impedir el paso a los tanques. Hicimos una barricada en via Foria acoplando una treintena de tranvías. La ciudad saltaba como una trampa. Cuatro días y tres noches, era como ahora, finales de septiembre.

»Los tanques alemanes lograron superar la barrera de via Foria, bajaron hasta piazza Dante y se encaminaron por via Roma. Allí se consiguió detenerlos. Giuseppe Capano, de quince años, se metió por la oruga de un carro de combate, activó una granada de mano y salió por detrás antes de la explosión. Assunta Amitrano, de



cuarenta y siete años, tiró desde el cuarto piso una losa de mármol sacada de una cómoda y destrozó la ametralladora del carro de combate. Luigi Mottola, de cincuenta y un años, obrero del alcantarillado, hizo saltar una bombona de gas saliendo por una boca de alcantarilla debajo de las tripas de un carro de combate. Un estudiante de conservatorio, Ruggero Semeraro, de diecisiete años, abrió el balcón y empezó a tocar al piano *La Marsellesa*, esa música que hace que te entre más valor aún. El cura Antonio La Spina, de sesenta y siete años, sobre una barricada frente al Banco de Nápoles, vociferaba el salmo 94, el de la venganza. El barbero Santo Scapece, de treinta y siete años, tiró un cubo de agua jabonosa contra la ventanilla del conductor de un carro de combate, que fue a estrellarse contra el cierre metálico de una floristería. La puntería de nuestros ciudadanos se había vuelto infalible en el curso de tres días. Las botellas incendiarias eran la perdición de los carros de combate, los cegaban de llamas. Yo me había vuelto un experto en fabricarlas, les metía dentro unas escamas de jabón para que el fuego prendiera mejor. El gasóleo nos lo habían dado los pescadores de Mergellina, que no podían salir al mar a causa del bloqueo del golfo y de las minas.

»Seis personas en medio de una multitud dispuesta inventaban los gestos adecuados para poner en aprietos a un destacamento acorazado del más potente ejército, que había conquistado por sí solo media Europa. No era la primera vez que seis personas tenían éxito en tal empresa. Ya en 1799 las tropas francesas, las más fuertes de su época, fueron detenidas a la entrada de la ciudad por una insurrección del pueblo, después de que se disolviera el ejército borbónico. Seis personas dotadas de nombre, apellidos, edad, oficio, detenían la reconquista alemana de la ciudad. Seis personas sacadas a suerte por la necesidad resuelven la situación mientras a su alrededor los demás realizan otros muchos gestos generosos pero imprecisos. Cuando aparecen seis personas, todas a la vez, entonces se gana.

—¿Y dónde está ese pueblo ahora, don Gaetano?

—En su sitio, no se ha desplazado ni se ha olvidado. El pueblo hace lo que debe hacer, después se disuelve de inmediato, vuelve a

ser multitud de personas. Corren a sus cosas, aunque más graciosos, porque las revueltas sientan bien al humor de quien las hace. Las batallas del tercer día fueron más encarnizadas. Teníamos que desanidar además a los fascistas que disparaban sobre nosotros desde lo alto de los tejados. En aquellos combates conseguía bajar al escondrijo para llevarle algo de comer. El tercer día pasé a verlo al alba, le dije que, si no volvía en veinticuatro horas, podía salir. Me pidió un favor para aquel día.

»“Vaya a la orilla del mar y tire una piedra al agua por mí.” Pensé que se le estaba reblandeciendo la cabeza a fuerza de estar allá abajo. Le contesté que no sabía si pasaría por la costa, que en la ciudad había una insurrección. “Es un rito nuestro, mañana es año nuevo para nosotros. Lo celebramos en septiembre. Con esa piedra arrojada al agua hacemos el gesto de liberarnos de las culpas. Mañana empieza para nosotros. Quiera el nuestro que hoy sea el día antes de la felicidad.”

»No se le había reblandecido la cabeza. Antes de pasar por la comandancia de la revuelta a recoger las órdenes, bajé a Santa Lucia, adonde las mujeres iban a por el agua, me subí a un peñasco y arrojé al mar una hermosa piedra pesada. Era año nuevo para los judíos y debía serlo también para nosotros. En el curso de aquel día la ciudad disparó sus mejores fuegos, los disparos de la libertad. Los alemanes se retiraron perseguidos y acribillados desde todos los tejados y las esquinas de las calles. Dispararon sus últimos cañonazos desde Capodimonte. Uno aterrizó delante del portal de nuestro edificio y explotó hacia abajo. El judío, en el escondrijo, fue arrojado fuera del catre y se hirió en la cabeza. Se la vendó desgarrando la camisa. Me lo encontré por la noche cuando le llevé la noticia de que los alemanes habían salido.

»“¿Que han ganado ustedes?” No me creía.

»“También usted ha ganado.”

»“Es la primera guerra ganada desde los tiempos de Judas Macabeo. Y también para nuestra ciudad es la primera vez que gana una guerra.”

»“También es la primera vez que se rompe usted la cabeza cayéndose de la cama.”

»Me preguntó si había tirado la piedra al mar. Sí, contesté, así que es año nuevo también para la ciudad. Le curé la herida, guardaba una botella de brandi para celebrar el final de la guerra, le limpié el corte con él. Nos bebimos un par de vasos, la cabeza nos daba vueltas. Subí las escaleras ayudándome con las manos.

»Al día siguiente, la ciudad era libre. Los alemanes hicieron un intento por volver a entrar, pero fueron bloqueados y renunciaron. El salió apoyándose sobre mí con los ojos cerrados. Con las vendas alrededor de la cabeza era uno que surgía del otro mundo. La ciudad estaba destripada, nos fuimos al puerto. Los buques de guerra americanos eran como numerosos escollos grises surgidos en medio del golfo. El se apoyaba en mí y sacudía con fuerza los pies contra el suelo dentro de los zapatos alemanes. “No quiero volver a caminar de puntillas.” Por vía Caracciolo pasaron las primeras camionetas con la estrella pintada en el capó. “Las estrellas han dado batalla, como está escrito en el canto de Débora, he aquí las estrellas en pleno día.”

»“Abra los ojos ahora, un poco, solo una ojeada.”

»Se puso una mano delante de la frente y vio pasar la llegada de la libertad.

»“Es usted libre”, dije, y nos abrazamos. Todos se abrazaban. Habíamos estado a punto de perdernos el día antes de la felicidad.

Mientras don Gaetano hablaba, yo miraba la ventana del tercer piso. Aún no había llegado para mí el día antes de la felicidad. Quería saberlo. No quería que sucediera de repente, y no darme cuenta, el día antes. Ellos sabían lo que había de suceder al día siguiente. El resto de la noche me lo pasé escribiendo en el cuartucho el relato de don Gaetano.

En verano me despierto pronto, voy a los acantilados de Santa Lucía con la red a buscar erizos y, si se me presenta la ocasión, un pulpo tal vez. Me quedo allí un par de horas, antes de que el sol supere el hombro del volcán. Salen de los círculos sociales los señores que vuelven de alguna fiesta nocturna. Con sus vestidos de fiesta expuestos a la primera luz, se apresuran a encerrarse junto a los murciélagos que van retrasados. Veo salir incluso al conde que vive en el edificio y que se juega sus propiedades en las mesas del

círculo. No me ve. Los señores tienen una vista distinta a la nuestra, que tenemos que verlo todo. Ellos solo ven aquello que quieren ver. Me remango los pantalones hasta la rodilla y bajo a la escollera. Hundo la red y la arrastro hacia arriba dejándola resbalar por la cara del escollo. Un golpe de suerte me permite encontrar algo que llevar a la mesa. Antes de volver a casa, paso a ver a don Raimondo para devolverle el libro. Me tiene preparado uno nuevo, escogido por él. Don Raimondo es un librero aventurado, recupera bibliotecas incluso de la basura. Más a menudo le llaman de una casa de luto que libera el espacio del difunto.

—Más que la ropa, o los zapatos, los libros llevan su huella. Los herederos se desprenden de ellos por exorcismo, para librarse del fantasma. La excusa es que hace falta sitio, nos ahogamos con los libros. Pero ¿qué colocan en su lugar, contra las paredes con la marca de sus cercos?

Don Raimondo me dice a mí lo que no puede decirles a ellos:

—El vacío de cara a una pared, dejado por una librería vendida, es el más profundo que conozco. Me llevo conmigo los libros condenados al exilio, les doy una segunda vida. Como la segunda mano en la pintura, que sirve para rematar, la segunda vida de un libro es la mejor —se ha hecho con la librería de un apasionado por la literatura americana. Estoy leyendo hermosas aventuras de ese lugar al que tantos napolitanos han ido a vivir. Pero se ve que no escriben libros.

Los nombres de los escritores americanos son todos nombres de ellos. Tienen un deportivo sistema de vida: uno tiene que apañárselas por su cuenta. Parece como si nadie tuviera familia, la única parentela es el matrimonio. O bien es que sus libros los escriben los huérfanos.

Por la tarde fui con don Gaetano a ver cómo desactivaban una bomba de la guerra. Caían bastantes sin explotar. Han encontrado una en el puerto, los obreros, al excavar un dique nuevo. No se podía pasar, pero don Gaetano se sabe los caminos y nos hemos puesto a mirar desde un buen punto de observación. Entretanto, proseguía con los días de la libertad.

—Los fascistas habían desaparecido. No se veía ni una camisa negra por la calle, se habían vuelto todas grises gracias al tinte. Era el color «noledemosmásvueltas». Entre nosotros se olvida el mal en cuanto llega un poco de bien. Es razonable, desde luego. Un bonito aplauso para los americanos y sigamos adelante. Pero el aplauso nos lo merecíamos nosotros por su parte, por haber despejado el campo. Con ellos empecé a excavar las bombas. Te he traído a verlo porque yo hice este trabajo. Las había a montones, empotradas en los sitios más variados. Una de cada diez no estallaba con el impacto. Las sacamos incluso del camposanto. Lo que nosotros hacíamos era excavar a su alrededor, después venía el artificiero, para desactivarla o, a las malas, para hacerla explotar. Estuve en ese oficio durante un año, se ganaba bastante. Entre nosotros, los obreros, las llamábamos los huevos. Eran los de la guerra, dejados a incubar.

»Algunas explotaban mientras se apartaban los escombros. Un obrero daba un golpe con el pico y una piedra desplazada daba el golpe justo a la espoleta. Así continuaba la guerra con los huevos que se abrían después. No recogías ni un dedo siquiera. El desplazamiento del aire mataba incluso a los que estaban cerca. Les rompía los órganos internos. Por fuera parecían sanos, por dentro estaban completamente hechos trizas. Te cuento estas cosas para que un día, si llegas a ser presidente, y quieren hacerte firmar una guerra, cuando hayas desenroscado el capuchón de la pluma y estés a punto de estampar tu nombre en el papel, te acuerdes de todas estas cosas a la vez y puede ser, quién sabe, que digas: yo no firmo.

—¿Presidente, yo? Si no sé decir dos palabras seguidas.

—Sí, tú, ¿por qué no? Tú sabes escuchar. Ésa es la primera virtud de quien debe hablar.

—Don Gaetano, me confunde usted, yo no mandaré sobre nadie, pero las palabras de usted no podré olvidarlas. ¿No les asustaba el trabajo de las bombas?

—Hoy no lo haría. En aquellos días uno sentía que tenía que echar una mano para quitar de en medio la destrucción. Iba bien para ese trabajo, no tenía a nadie. Nadie llevaría luto por mí. Es una